

Yevgueni Yevtuchenko

Poemas

Poeta y novelista ruso nacido en Zuma, Siberia, en 1933.

Desde los once años se radicó con su familia en Moscú, donde cursó estudios en el "Instituto Literario" hasta 1954.

En sus primeros poemas, *Los pioneros del porvenir* 1952, *La tercera nieve* 1955 y *Estación de Zima* 1956, mostró una marcada influencia de Maiakovski, para encontrar luego su estilo personal encaminado hacia la retórica y la crítica socio-política. Alcanzó la fama internacional en 1961, con su poema *Baby Yar*, donde denunció el exterminio de judíos y el antisemitismo de Rusia.

Desde la década del setenta ha incursionado en otros campos de la cultura, con obras como la novela *Siberia, tierra de bayas* 1981, el guión cinematográfico *Jardín de infancia* 1984, y el documental *No mueras antes de morir*

1996. En 1987 fue designado miembro honorario de la Academia Americana de Artes y Ciencias

Aún todas sus lágrimas/

El sauce no ha llorado aún todas sus lágrimas.

A su sombra, en la orilla me quedé pensativo:

¿cómo hacer feliz a mi amada?

¿Es que acaso no pueda hacer más?

No le bastan los hijos, la abundancia,

lo poco que nos damos al cine, a los amigos.

Me necesita enteramente, sin reservas.

Mas, estoy hecho de sobras. Yo soy diamante en bruto.

Entregué mis hombros a las causas de nuestra época,

a toda su dura carga,

no dejé espacio a la ira de mi amada

y privé su llanto de mis brazos, de mi regazo.

Hoy, la amada ya no recibe flores de su hombre.

Arrugas, sí. Faenas domésticas.

El hombre engaña por placer,

la mujer traiciona por dolor.

¿Cómo puedo hacer feliz a mi amada?

¿Qué puedo ofrendarle esta noche

si la manzana que le da la vida

ya está rancia y agusanada?

¿Por qué a la bienamada se le ofende

tan sin razón como tan a menudo?

Cómo hacerla infeliz, todos sabemos.

De cómo hacerla feliz, no tenemos memoria.

Versión de Heberto Padilla

Babi Yar/

I

No existe monumento en Babi Yar;
sólo la agria ladera. Y tengo miedo.
Hoy me siento un judío en el desierto
que de Egipto escapó. Me crucifican
y mis manos conservan los estigmas.
Me parece ser Dreyfus, condenado,
al que juzgan, escupen, encarcelan;
pero de pie resiste la calumnia
y el grito filisteo. Con la punta
de sus sombrillas en mi rostro vejan
mi indefensión mujeres que se acercan
con vestidos de encaje de Bruselas.

O también soy un niño en Bielostok.
De pronto estalla el pogromo.
La sangre derramada cubre el suelo.
Los que huelen a vodka y a cebolla
salen de la taberna y gritan todos:

"Mata judíos: salvarás a Rusia".
Un tendero se ensaña con mi madre.
Otro hombre me pateo. En vano rezo
plegarias que se pierden en la nada.

Me siento dentro
de la piel de Anna Frank que es transparente
como un ramo de abril.
No hacen falta palabras. Siento amor
y sólo necesito que uno a otra

nos miremos de frente.
Separados del cielo y el follaje.

Solamente podemos abrazarnos
en este cuarto a oscuras.
Quiero besarte una vez más, acércate.
Ya vienen. Nada temas: el rumor
es de la primavera que se anuncia
y del témpano roto en el deshielo.

Y en torno a Babi Yar suena la hierba
que ha crecido salvaje desde entonces.
Los árboles nos juzgan. Todo grita
pero el grito está hecho de silencio.
Al descubrirme observo mi cabello.
También ha encanecido. También grito
por los miles de muertos inocentes
masacrados aquí. En cada anciano
y en cada niño al que mataron muero.

Pueblo ruso, mi pueblo: te conozco.
Tú no odias ni razas ni naciones.
Manos viles trataron de infamarte
al usurpar tu nombre y al llamarse
"Unión del Pueblo Ruso".** No perdono.
Que La Internacional llene los aires
cuando el último
antisemita yazga bajo la tierra.
No soy judío. Como si lo fuera,
me odian todos aquéllos.
Por su odio
soy y seré un verdadero ruso.

*Babi Yar o Baby Yar es un barranco en las proximidades de Kiev. En dos días de septiembre de 1941 más de treinta y cinco mil judíos fueron asesinados allí por las tropas nazis.

En esta versión de 1997, tomada del libro "Adiós bandera roja" (Selección de poesía y prosa de 1953 a 1996)

se tomaron en cuenta los cambios introducidos por el propio Yevtushenko de la traducción inglesa de Robert Milner.

**La Unión del Pueblo Ruso fue el grupo antisemita que actuó en Rusia entre el asesinato del zar Alejandro II y el comienzo de la primera Guerra Mundial. Sus miembros organizaron pogromos -linchamientos de judíos rusos y destrucción y robo de sus propiedades- e, infiltrados en la policía secreta zarista,

fabricaron los apócrifos Protocolos de los sabios de Sión.

Versión de Heberto Padilla

Cae la nieve pura/

para A.W. Bouis

Cae la nieve pura como
si resbalara por hilos.
Quisiera vivir, vivir
pero sé que no es posible.

Algunas almas se pierden
sin huella en la lejanía,
suben, suben hacia el cielo
como hace la nieve pura.

La nieve pura se disuelve...
yo también desapareceré...
No me preocupa la muerte,
nadie vive eternamente.

No creo en esos milagros.
No soy ni nieve ni estrella,
yo jamás volveré a ser
jamás, jamás, nunca más.

Y pienso yo, pecador:
¿Qué hiciste con tu existencia?
En su torbellino, ¿qué
amaste más que la vida?

Quise con mi sangre a Rusia
como el tuétano de mis huesos,
quise sus ríos creciendo
y debajo de los hielos.

Quise el humo de sus casas,

el aire de sus pinares,
amé a Chejov, Pushkin
y a sus gloriosos ancianos.

Si tuve mis contratiempos,
fue sin lamentarlos mucho.
Qué importa si viví locamente,
por Rusia fue que viví.

Dolorido de esperanzas
(lleno de oculta inquietud),
creo que tal vez un poco
también yo he ayudado a Rusia.

Aunque a mí Rusia me olvide
cuando el tiempo se devane,
el caso es que Rusia viva
para siempre, eternamente.

Cae la nieve pura, cae
como caía en los tiempos
de Pushkin, de Chejov,
como caerá cuando muera...

Cae la nieve, cae la nieve
con cegadora blancura,
borrando todas las huellas,
las que yo dejo y las otras...

Nadie vive eternamente,
pero tengo una esperanza:
si Rusia vive, es decir
que yo también viviré.

Versión de Rafael Alberti y María Teresa León

Ciudadanos, oídme/

Para John Updike

Estoy a bordo del barco Friedrich Engels,
pero en mi mente hay tal herejía
de pensamientos que rompen las puertas.
No comprendo, ¿qué oigo?,
llena de confusión y de dolor, la invocación:
"Ciudadanos, oídme".

La cubierta se inclina y se lamenta,
mezcla de concertina y charlestón,
pero en el puente, queda, suplicante,
intenta abrirse paso con violencia
la imponente canción:
"Ciudadanos, oídme".

Sentado en un tonel hay un soldado.
Su pelo cuelga sobre su guitarra
mientras rasguea despacioso.
Y enardecido como su guitarra
de sus labios escapa con tormento:
"Ciudadanos, oídme".

No nos quieren oír los ciudadanos.
Preferirían comer, beber, bailar.
Y no les interesa lo demás.
Sin embargo, dormir es importante.

¿Y por qué ese estribillo interminable?
"Ciudadanos, oídme".

Alguien echa sal a un tomate,
otro tira unas cartas grasientas,
otro golpea el suelo con las botas,
otro despliega ansioso el acordeón;
mas, cuántas veces a cualquiera de ellos
el grito o el susurro, le brotó:
"Ciudadanos oídme".

Y cuántas veces nadie lo escuchó.
Hinchando el pecho y retorciéndose,
no pudieron decir lo que sentían.
Reaccionando con alma indiferente,
oyen a los demás con dificultad:
"Ciudadanos, oídme".

Mira, soldado encaramado en un tonel:
Yo soy igual que tú, mas sin guitarra,
sobre ríos, montes, mares,
soy un vagabundo de manos extendidas,
la voz ya ronca repite sin cesar:
"Ciudadanos, oídme".

Terrible si no quieren escuchar.
Terrible si comienzan a oír.
¿Y si al final la canción no valiera la pena?
¿Y si nada en ella tuviera sentido
salvo el tormentoso y sangrante estribillo:
"Ciudadanos, oídme"?

Versión de Heberto Padilla

Duérmete, amada mía/

Gotas salobres

brillan sobre los hierros de la verja.

La puerta del jardín quedó cerrada.

Y el mar,

en torbellinos encrespados

que golpean los muelles,

ha estrechado en su seno el sol salado.

¡Duérmete, amada mía,

no atormentes mi alma!

Van cayendo en su sueño la estepa y las montañas,

y nuestro perro cojo

dormita arrebuñado en la maraña

de su pelo y lame su cadena salada.

Y las ramas murmuran

y las olas trepidan

y apagando la antorcha de su vieja experiencia,

el perro se ha dormido atado a su cadena.

Susurrando palabras, apenas cuchicheando,

después con mi silencio, te pido que te duermas.

¡Amada mía, duerme...!

Olvida que reñirnos.

Imagina mejor que paseamos

y la tierra está fresca.

Tendidos sobre el heno aún tenemos sueño.

Parte de nuestro sueño,

el aroma de la agria crema

que llega desde allá, de la bodega.

¿Cómo hacer que imagines todo esto,

cómo lograrlo si en nada crees?

Amada mía, duerme...

Deja tu llanto y con sonrisa leve,

sueña que juntas flores
y tratas de encontrar dónde ponerlas
con tu rostro oculto entre ellas.
¿Algo dices durmiendo? Palabras sin sentido.
¡Es porque estás cansada
de moverte y moverte mientras duermes!
Envuélvete en tus sueños como si fuera un manto
en que buscas abrigo.
Cuando se quiere puede hacerse en sueños
todo aquello que a medias
admite la vigilia.
Una culpa secreta que clama en lo profundo
nos atormenta el sueño.
Hay cansancio en tus ojos y hay en ellos
inmensa multitud de gente extraña.
Cúbrelos con tus párpados
y sentirás alivio.
Duérmete, amada mía.
¿Qué te causa este insomnio? ¿El mar rugiente?
¿El ruego de los árboles al viento?
¿Algún presentimiento?
¿El mal que alguien te ha hecho?
¿Y si ese alguien fuese yo?
Duérmete, amada mía...
Yo nada puedo remediar,
pero sabrás un día
que no he sido culpable de este mal.
Perdóname, ¿me escuchas? ¡Aunque sea en tus sueños!
¡Aunque sea soñando!
Duérmete, amada mía...
No olvides que viajamos encima de esta tierra
que enloquecida vuela
y amenaza saltar convulsionada
de su impasible ruta
y tenemos que abrazarnos para no caer.

Y si hemos de caer, caeremos juntos.
Duérmete, amada mía...
No alimentes la ofensa
que vengan en silencio
los tiernos sueños a poblar tus ojos.
¡Cuesta tanto dormir sobre esta tierra!
A pesar de todo, amada mía, ¿me oyes?
Duérmete al fin, duerme, amada mía...
Y las ramas murmuran
y trepidan las olas
y apagando la antorcha de su vieja experiencia
el perro se ha dormido atado a su cadena.
Cuchicheando palabras, después medias palabras,
después con mi silencio, te pido que te duermas.

El ajedrez de México/

El sol amodorrado.

El polvo amodorrado se derrumba por el camino.

El tañido amodorrado del espejismo.

El gemido amodorrado de un buey.

Flotan bamboleándose con modorra

un sombrero y otro sombrero;

el primer peón,

el segundo peón,

el tercer peón.

En castellano el peón es el campesino más pobre.

Y es también

la figura más pequeña del ajedrez.

Sacrificar al peón es una ley de todos los partidos.

El triste ajedrez de América Latina

es una burla amarga para ustedes:

primer peón,

segundo peón,

tercer peón.

Los pedacitos de la tierra campesina

son las casillas de este tablero tan cruel.

Con ustedes, los héroes del machete,

juegan desde los tiempos más lejanos

las manos sucias que no huelen nunca

como huele el mango salado del machete.

Juegan con el primer peón,

con el segundo peón,

con el tercer peón.

¡Qué lástima, señores socios del ajedrecismo político,

que este tablero no sea liso!
¡Sería magnífico nivelar estas incómodas montañas!
¡No dejan jugar!
¡Afuera estas torpes palmas y estas cabañas!
Y la muerte mete en su sombrero,
brillante por fuera, pero negro por dentro,
los mete a ustedes:
el primer peón,
el segundo peón,
el tercer peón.

¡Traición, hermanos peones!
¡Quitaron del tablero a Emiliano Zapata y Pancho Villa!
El peón que cumplió su papel
no es necesario para los señores ajedrecistas.
Nos sacan a todos del tablero
o el puño de hierro,
o -dos dedos, tan tiernos,
quitan al primer peón,
al segundo peón,
al tercer peón.

Cuántos peones cayeron
sin cantar hasta el fin La cucaracha.
Ellos no se convirtieron en reyes.
¡Las patadas son tan duras!
Pero dentro de los muertos
se ocultan los reyes,
asesinados en los peones;
en el primer peón,
en el segundo peón,
en el tercer peón.

¿Cuándo cambiaremos las reglas
de este maldito juego?

¿Cuándo?

La respuesta es como machete en su vaina.

¿Cuándo cambiaremos las reglas?

Contestadme;

el primer peón,

el segundo peón,

el tercer peón...

¡Viva el quinto peón!

Escrito originalmente en español

El último intento/

A Masha

El último intento de ser feliz
ciñéndome a todas tus curvas, todas tus sinuosidades,
a la blancura trémula y balbuceante
y a las bayas con el opio del saúco.

El último intento de ser feliz
como si mi fantasma, al filo del abismo,
quisiera saltar huyendo de todas las ofensas,
allá donde hace mucho estaba yo arruinado.

Allí sobre mis huesos rotos
se posa una libélula,
y las hormigas visitan tranquilamente
las cuencas de lo que ayer fueron mis ojos.

Ya me hice alma. Ya no estoy en mi cuerpo.
Escapé a mi prisión de huesos
pero me hastían los fantasmas
y otra vez me llaman los abismos.

Un fantasma enamorado ahuyenta más que un cadáver.
Pero tú no te asustaste sino que comprendiste
y juntos nos hemos arrojado como a un abismo
y el abismo desplegó unas blancas alas
que nos levantó sobre la niebla.

Y estamos tendidos juntos, no en la cama
sino en la niebla que apenas nos sostiene.
Soy un fantasma. Ya no se quiebra mi cuerpo

pero tú estás viva y temo por ti.

Otra vez revolotea el cuervo fúnebre
en espera de carne fresca, como en el campo de batalla.
El último intento de ser feliz.
El último intento de amar.

La espera/

Mi amor vendrá
y abrirá de repente sus brazos
para estrecharme en ellos,
comprenderá mis miedos, observará mis cambios.

Desde la negra lluvia, desde la densa oscuridad,
sin siquiera cerrar la puerta del taxi,
subirá la vetusta escalinata,
ardiente de amor y alegría.

Entrará sin llamar,
tomará mi cabeza entre sus manos
y de una silla su abrigo azul de piel
resbalará dichoso.

Versión de Heberto Padilla

La llave del comandante*/

NUESTROS caballos caminan

hacia La Higuera.

El abismo, a la derecha;

a la izquierda, el abismo.

Pensar en ti, comandante,

no es una carga ligera.

Dentro de mí hay silencio

muy parecido al sismo.

Por aquí, para los guerrilleros

no hay monumentos.

Sus monumentos son las rocas

con las caras cansadas, humanas.

Las nubes están inmóviles,

como los pensamientos,

como los pensamientos

de las montañas bolivianas.

Yo me siento como la sierra.

Estoy lleno de las quebradas, de las rocas ásperas, duras.

Mis nervios están tensos

como la brida de un ganadero.

El ritmo de este poema

me lo dictan las herraduras

que tropiezan con las piedras

de este mortal sendero.

Comandante, tu nombre caro

querrán venderlo tan barato.

La industria quiere comprar con tu nombre

a sus nuevos clientes.

Comandante,

te juro,

yo he visto en París tu retrato

sobre los pantaloncitos

que se llaman "calientes".

Comandante,

tu rostro imprime en las camisas.

Tú fuiste fuego:

te quieren convertir en humo.

Pero tú caíste abatido por las balas:

por las venenosas sonrisas

no para ser una parte

de la sociedad de consumo-

"¿Dónde está la llave de la escuela?"

Los campesinos no me contestan.

Siento el olor de la muerte.

La pared está blanca,

como la vela

del barco

abandonado a su suerte.

Silencio total.

Solamente el buitre vuela.

La bosta de los caballos

son tus póstumos crisantemos.

"¿Dónde está la llave de la escuela?"

Los campesinos contestan:

"No sabemos, señor, no sabemos..."

¿Dónde está la llave del destino del Che Guevara?

¿Dónde está la llave del futuro?

El miedo de no encontrarla,

el pánico me agarra.

Pero la llave está en nuestras manos,

estoy seguro.

Muchachos, gritar promesas

y no cumplirlas es una mierda.

A los demás engaña

nuestro propio tropezón.

A la izquierda, muchachos,

siempre a la izquierda,
pero no más a la izquierda
de vuestro corazón.

*Poema escrito originalmente en español
De "Adiós bandera roja" 1997

¡La mitad no quiero de nada! /

La mitad no quiero de nada!

¡Que sea mío el cielo todo!

¡La tierra toda, mía!

Mares y ríos, el torrente de la montaña,

¡míos! No los comparto.

No me seducirás, vida, con una parte.

¡Será todo o nada! ¡Yo podré con todo!

No quiero ni la felicidad

ni el dolor a medias.

¡Quiero, sí, la mitad de la almohada

donde, pegado a tu mejilla,

como una pobre estrella fugaz,

fulgure el anillo de tu dedo...

Versión de Rafael Alberti y María Teresa León

La tercera nieve/

Por la ventana veíamos
negruzcos limoneros hacia el fondo del patio
y suspirábamos: "¡Han pasado los días
y hoy tampoco ha nevado!"

Pero al atardecer
empezó a caer la nieve,
iba perdiendo altura,
vacilando en el aire
al capricho del viento.

Avergonzada y frágil,
la tomamos en las manos con ternura
y "¿adónde fue?", preguntamos.
Pero ella contestó:
"Habrá una verdadera nevada
para todos.
Me fundiré en el viaje
pero no os preocupéis".

Y a la semana volvió a caer,
hecha un diluvio,
transformada en ventisca cegadora,
girando a toda fuerza.
Con terca intransigencia
quería imponer su triunfo
sobre quienes pensaban:
"¿durará un día o dos?"

Pero no pudo
hacer valer su empeño
y tuvo que ceder.

No se fundía en las manos,
se derritió a nuestros pies.

Seguíamos mirando al horizonte,
con inquietud: " ¿Cuándo vendrá la verdadera,
esa que pese a todo llegará?"
Y una mañana, aún soñolientos,
cuando abrimos la puerta,
la pisamos de pronto, sorprendidos:
yacía ante nosotros, honda y pura,
con toda su suave sencillez.

Tímida y esponjosa,
extendía por tierras y tejados
su asombrosa blancura,
simplemente magnífica y hermosa.
Nieve cayendo en el estruendo del día,
entre ruido de coches y resoplar de caballos;
nieve que no se derretía a nuestros pies
sino que se iba haciendo más compacta.

La fresca y centelleante
cegadora de toda ciudad,
la nieve verdadera,
la que siempre estuvimos esperando.

Versión de Heberto Padilla

Me gustaría... /

Me gustaría

nacer en todos los países,
tener un pasaporte
para todos
que provoque el pánico de las cancillerías;
ser cada pez
en cada océano
y cada perro
en las calles del mundo.

No quiero arrodillarme

ante ídolo alguno
ni hacer el papel
de un ruso ortodoxo hippie,
pero me gustaría
hundirme
en lo más hondo del Lago Baikal
y salir resoplando
en otras aguas,
¿por qué no en las del Mississippi?

En mi maldito universo amado

me gustaría
ser una hierba humilde,
nunca un Narciso delicado
que se besa
en el espejo.

Me gustaría ser

cualquiera de las criaturas de Dios,
incluso la última hiena sarnosa,
pero nunca un tirano,
ni siquiera el gato de un tirano.

Me gustaría

reencarnar como hombre
en cualquier imagen:
víctima de una cárcel de tortura,
un niño vagabundo en los tugurios de Hong Kong ,
un esqueleto viviente en Bangladesh,
un pordiosero sagrado en el Tíbet,
un negro de Ciudad del Cabo,
pero nunca encarnar
la imagen de Rambo.

Sólo odio a los hipócritas,
hienas sazonadas en espesa melaza.

Me gustaría tenderme
bajo el bisturí de todos los cirujanos del mundo,
ser un tullido, un ciego,
sufrir todo mal, toda deformidad y herida,
ser un mutilado de guerra,
o el que recoge las colillas del suelo,
con tal de que no las penetre
el infame microbio de la prepotencia.

No quisiera formar parte de la élite,
ni, por supuesto, del rebaño de cobardes,
ni perro de manada,
ni pastor servil al abrigo de su rebaño.

Y quisiera ser feliz,
pero no a costa de los infelices.

Y quisiera ser libre,
pero no a costa de los que no lo son.

Quisiera amar
a todas las mujeres del mundo,
y ser también una mujer
sólo una vez. ..

La madre naturaleza ha menospreciado al hombre.

¿Por qué no lo hizo capaz de ser madre?

Si se agitara un niño
bajo su corazón,

acaso el hombre

sería menos cruel.

Quisiera ser el pan de cada día,

digamos,

ser la taza de arroz

de la sufriente madre vietnamita,

el vino barato

en las tabernas de los obreros napolitanos,

o el tubito de queso

en la órbita lunar.

Que me coman

que me beban,

dejadme ser útil

en la muerte.

Quisiera pertenecer a todas las edades,

atolondrar la historia

y atontarla con mis travesuras.

Quisiera llevarle a Nefertiti

en una troika á Pushkin.

Quisiera multiplicar

cien veces el espacio de un instante

para que al mismo tiempo

pueda beber vodka con los pescadores siberianos,

y junto a Homero,

Dante,

Shakespeare

y Tolstoi

sentarme a beber cualquier cosa,

salvo, por supuesto,

Coca-Cola.

Y bailar al ritmo de los tam-tam en el Congo,

estar en huelga en Renault,

jugar a la pelota con los muchachos brasileños

en la playa de Copacabana.

Quisiera hablar todas las lenguas,

como las aguas ocultas bajo la tierra,
y hacer todo tipo de trabajo de una vez.

Me aseguraría
de que sólo fue poeta un Yevtushenko,
el otro un clandestino
en alguna parte,
no puedo decir dónde
por razones de seguridad.

El tercero, un estudiante en Berkeley,
y el cuarto un entusiasta huaso chileno.

El quinto sería tal vez
un maestro de niños esquimales en Alaska,

el sexto
un joven presidente
en cualquier parte, modestamente digamos Sierra Leona,

el séptimo
podría entretenerse en la cuna con un sonajero,

y el décimo,
el centésimo,
el millonésimo...

Para mí, ser yo mismo no es bastante,
¡dejadme ser todo el mundo!
Estaré en miles de ejemplares hasta mi último día
para que la tierra vibre conmigo
y las computadoras enloquezcan
procesando mi censo universal.

Quisiera combatir en todas tus barricadas,
humanidad,

y morir cada noche
como una luna exhausta,
y amanecer cada día
como sol recién nacido
con una suave mancha inmortal
en la cabeza.

Y cuando muera,

un Francois Villon siberiano,
que no descansa mi cuerpo
ni en la tierra francesa,
ni italiana,
sino en la tierra rusa, amarga,
en una colina verde,
donde por vez primera
me sentí todo el mundo.

*Poema escrito originalmente en español

El soliloquio de zorro azul /

Soy un zorro azul que vive en una granja gris.
Condenado a la muerte por mi color,
detrás de estas rejas de alambres a prueba de mordiscos
no me siento nada de contento con mi color azul.

Oh Dios, ¡yo quiero cambiarme de piel! Quemarme
como un demente hasta descuermarme a mí mismo,
pero mi exuberante y tieso pelo azul se filtra por mi piel.

¡Cómo aúllo! , ¡desesperadamente lanzo alaridos!
igual que las peludas trompetas del Juicio Final
implorando a las estrellas deseando ser libre para siempre
o al menos sacarme esta piel de una vez por todas.

Alguien que paseaba por aquí oyó mi aullido
y lo metió en un máquina grabadora. ¡Qué estúpido!
¡Él no sabe ni siquiera aullar pero seguro
comenzaría a aprender si lo agarran y lo encierran aquí!

Me caí al suelo, moribundo.
Y quien sabe por qué no me morí.
Me vino una depresión como si tuviera mi propio Dachau (*)
pero ya lo tenía muy claro: jamás escaparía.

Una vez, después de comerme un pescado podrido,
me di cuenta que la jaula estaba entreabierta
y me lancé hacia el abismo
con la imprudencia de un ingenuo cachorro.
Una cascada de perlas lunares pasaron por mis ojos.
¡La luna era un círculo! Y ahí me di cuenta
que el cielo no estaba dividido en segmentos cuadrados
como yo me lo imaginada viviendo dentro de una jaula.

Pedazos de hielo flotantes de Alaska había por todas partes de los que logré esquivar aún estando enfermo pero sabiéndome libre algo cambió dentro de mis pulmones por todas las estrellas que me había tragado.

Hice travesuras, ladré cosas hacia los árboles que no tenían ningún sentido. Fui yo mismo. Y hasta la misma brillante nieve tenía miedo de que yo tuviera un color tan azulado.

Mi madre y mi padre no se amaban pero se casaron de todas maneras. Cómo me gustaría encontrar una hembra con la que pudiera rodar y volar por la nieve.

Ahora me siento cansado. Hay demasiada nieve por todas partes. No puedo levantar mis pesadas patas. No he conseguido amigos ni tampoco hembras. Un niño cautivo es muy débil para ser libre.

El que nació en una jaula sentirá nostalgia por su jaula. Horrorizado me di cuenta de cuánto la amaba y el espacio donde me escondían detrás de una reja, ese lugar que era una industria de pieles, mi tierra natal.

Entonces regresé exhausto y golpeado. Un poco después la jaula fue sellada y mi sentimiento de culpa se transformó en rencor pero el amor me protegió mágicamente contra el odio.

Es cierto, las cosas han cambiado en la granja de pieles. Acostumbraban a asfixiarnos en sacos. Ahora nos matan de una manera más moderna, nos electrocutan. Todo es maravillosamente ordenado aquí. (**)

Contemplo a la cuidadora que es una muchacha esquimal.
Su mano se posa amigablemente sobre mí.
Sus dedos rascan la parte detrás de mi cuello.
Pero una tristeza parecida a la de Judas hay en sus ojos angélicos.

Ella me cuida de mis enfermedades
y por nada me dejará morir de hambre,
pero yo sé que cuando llegue la hora, implacablemente
ella me traicionará cumpliendo su trabajo.

Con un poco de humedad en sus ojos
ella sacará el collar de mi cuello cantando bajito:
“¡Hay que ser humano con los empleados! En la Oficina
de Ejecuciones del Instituto de la Granja de Pieles.

Me encantaría ser ingenuo como mi padre
pero nací en cautiverio: yo no soy él.

El que me da de comer, me traicionará
El que me cuida como animal doméstico, me matará.

(1967)

*N del T. Dachau fue el primer campo de concentración nazi para prisioneros políticos abierto en marzo de 1933. Estaba situado en el pueblo de Dachau a 16 kilómetros de Múnich. Fue uno de los mayores símbolos de inhumanidad. Dachau y muerte eran sinónimos.

**N del T. La estrofa número catorce, localizando la escena específicamente en Alaska, fue censurada y sacada después de la primera publicación de este poema de Yevtushenko en la entonces Unión Soviética.

En el país llamado Más o Menos (1)/

Vivo en el país llamado Más o Menos,
donde,
muy extrañamente,
no hay ningún partido oficial llamado "Masomenosista"...
donde ellos
leen a nuestros escritores clásicos... más o menos.

Donde a veces,
hasta los distinguidos ciudadanos
se enamoran (más o menos),
pero a veces,
después de algunos meses
ya no hay besos,
los unen sólo los pesos.
Entonces no son ajenos,
más o menos.

"¿Es verdad, señor, que todos beben en su país Más o Menos?"
Hay algunas personas que no beben nada...
Más o menos..."
"Difícil de creer, señor,"
Ni siquiera algo así como...
una gota. Más o menos."

"¿Qué tipo de gente es aquella, la de su amado pueblo
del país llamado Más o Menos?"
Son más o menos agradables...
Más o menos honestos...
Unas veces menos, otras veces más...

"¿Está Usted, señor, orgulloso de su gran país,

llamado Más o Menos?”

Hmmm...

Más o menos...

Por lo general, somos generosos más o menos..

suficientemente amistosos... menos o más...

Por supuesto, todos estamos por la paz...

un tanto más, un tanto menos..

Por supuesto, tenemos algunas pequeñitas,

pero más o menos

desagradables guerras.

En cada esquina,

en cada cocina de cada casa

cuando las esposas y los esposos están algo

así como peleando discretamente,

tenemos nuestra propia Chechenia doméstica,

y un Irak privado,

ondeando un trapo húmedo de cocina

como una bandera nacional,

cuando las sandalias y las planchas

a veces vuelan por encima de las cabezas

como ovnis...

sin embargo, apreciamos nuestros valores de familia..

Más o menos...

En nuestras cortes de justicia tenemos

más o menos incorruptibles jueces,

en nuestros centros de investigación

hay pensadores, más o menos insobornables.

Una más o menos bella mujer me susurró:

“Estoy más o menos enamorada de Ud.

Más o menos para siempre...”

Me gustaría pararme frente a Dios,
así como soy,
no algo así como más o menos.

No estar más o menos feliz
En esta más o menos vida...
En esta más o menos libertad.

(2004)

1. En los últimos años, el idioma ruso fue invadido por una muy pegajosa y ambivalente expresión: "kak bi", que en español se parece a la expresión "Más o menos". Esta expresión a mucha gente le sirve para más o menos esconder su más o menos conciencia.

La ejecución de Stenka Razin /

En Moscú, en la blanca y amurallada ciudad,
un ladrón calle abajo arranca con un pan de centeno.
No tiene miedo de ser linchado.
No hay tiempo para panes...

¡Es que ya traen a Stenka Razin!

El Zar está bebiendo vino dulce de malvazia,
ante un espejo suizo
se aprieta una espinilla en la cara,
y se pone el anillo real de esmeraldas
y en la plaza...

¡Ya traen a Stenka Razin!

Como un pequeño barril
que sigue a un barril más grande
un bebé corre hacia su madre
mascando un dulce con sus dientes de leche.
¡Hoy día es feriado!

¡Es que ya traen a Stenka Razin!

Un comerciante entra a empujones
echando flatulencias con olor a arvejas.

Dos bufones irrumpen apurados galopando como caballos.
Borrachos pícaros llegan tambaleándose

¡Ya traen a Stenka Razin!

Unos viejos, cubiertos de costras por todo el cuerpo,
casi muertos,

llevando gruesos cordeles amarrados a sus cuellos
murmuran algo,

y caminan casi arrastrándose...

¡Ya traen a Stenka Razin!

Y también muchachas bien despabiladas
saltando un poco ebrias de sus camas
embadurnadas con pedazos de pepinillos en sus caras

entran trotando

con una picazón en sus muslos

¡Ya traen a Stenka Razin!

Y con gritos de las esposas de la Guardia Real

escupiendo para todos los lados

en una destartalada carreta

él

como si estuviera arriba de un barco

aparece en camisa blanca.

Viene en silencio,

cubierto con los escupitajos de la muchedumbre,

que él no se limpia ni le preocupa,

sólo sonríe con sarcasmo

y se ríe de sí mismo:

“ ¡Stenka, Stenka,

tú eres como una rama

que ha perdido todas sus hojas!

¡Y querías entrar a Moscú!

Y pues ahora tú estás entrando a Moscú ...

Pues muy bien entonces,

¡escúpanlo

¡escúpanlo!

¡escúpanlo!

Es una farándula gratis después de todo.

Buenas gente,

ustedes siempre escupen

a esos

quienes les desean el bien.

El escribano del Zar me golpea deliberadamente entre sus dientes,

repitiendo,

implacablemente:

“Decidiste lanzarte contra el pueblo, ¿no es así?

¡Tú sabrás ahora contra quienes lo hiciste!”

Me contuve pero sin bajar mis ojos.

Escupí mi respuesta con mi propia sangre:

“¡Contra los dueños de la tierra,

es cierto!

¡Contra el pueblo,

nunca!

No reniego de mí mismo,

¡He elegido mi propio destino!

Ante ustedes,

el pueblo, me arrepiento

pero no por lo que el escribano del Zar desea.

Es mi cabeza la culpable.

Ya lo veo,

y me he sentenciado a mí mismo.

Estuve siempre a medio camino

contra las cosas

cuando realmente debí haber llegado hasta el final.

He pecado en esto,

porque en un mundo guiado por el demonio

yo fui un gran estúpido.

Soy un pecador

porque siendo un enemigo de la esclavitud

fui realmente un esclavo de mí mismo,

He sido un pecador

al querer levantarme en rebelión

para tener un mejor Zar.

¡No hay Zares nobles!

¡fuiste un loco

Stenka!

¡tú ahora morirás por nada!”

Pero sobre los hocicos,

las caras de cerdos de la gente

las sucias cajas

de los recolectores de impuestos

y los cambiadores de dinero,

como una luz a través de la neblina,

Stenka

vio

los rostros.

Vale la pena verlos sin una lágrima en sus ojos,

estar sobre el patíbulo al lado de la horca,

porque más pronto que tarde

los rostros

crecerán amenazantes

en la propia cara de los rostros anónimos...

Y tranquilamente

(por cierto que él no había vivido en vano)

Stenka dejó caer su cabeza doblada

y su mejilla cayó hacia el hueco cortado de su cuello

y desde la parte de atrás de su cabeza ordenaron:

“cortar, el hacha...”

La cabeza comenzó a rodar,

ardiendo en su propia sangre,

y con una voz ronca la cabeza habló:

“no muero en vano...”

Desde el ensangrentado lugar de ejecución,

allí,

donde estaban los pobres,

la cabeza lanzó una mirada

como hacia unas anónimas cartas...

Espantado,

el pobre sacerdote que temblaba corrió sobre la cabeza

deseando cerrar los ojos de Stenka.

Furiosos,

parecidos a la reacción de una bestia salvaje

sus ayudantes la apartaban de su manos.

La cabeza del Zar

temblaba al ver esos ojos diabólicos,

el capitán de Vladimir Monomakh comenzó a estremecerse

y cruelmente,

regocijándose de su triunfo,

la cabeza de Stenka

explotó en carcajadas

sobre la cabeza del Zar!

(1964)

N del T: Stenka Razin (1630-1671) fue un líder cosaco que organizó una rebelión en el sur de Rusia contra la nobleza y la burocracia del Zar Aleksey Mikhailovich. Fue apresado y ahorcado en la Plaza Roja de Moscú en 1671. El compositor ruso Dmitri Shostakovich compuso un poema sinfónico basado en este poema de Yevtushenko y con el mismo título: "La ejecución de Stenka Razin"

La hamaca con sabor a sal /

Para Ye. Rein

Como el tiempo es la inteligente arena,
el tabaco cruje en la bolsita...
Y como la madera podrida de un viejo barco ballenero,
así también ocurre con la gente y con las redes para pescar.

Y feliz como un hombre viejo
esas transparentes vallas
hechas de viejas redes
escuchan las ruidosas voces de los niños.

Ellas han hecho muchas veces su trabajo
y aunque están fuera de práctica todavía pescan
algo de basura, lluvias y fósforos gastados.

Ahora una estrella quedó atrapada en ellas
ahora el balbuceo de un amor juvenil
ahora unas malas palabras de alguien
ahora un fugaz suspiro.

Ellas agarran de todo, la ráfaga del viento
una frase o la canción que alguien canta
y, pescando un botón de ropa,
lo sueltan levemente pero sin mucho apuro.
Y un viejo pescador
(esos seres robustos que esquivan la muerte)
comienza él mismo a hacerse una hamaca
de viejas redes de pescar que hace mucho tiempo usó.

Y escondiendo un dolor dentro de si
iba reconociendo en los aislados pedazos
de la grisácea red y sus nudos
un sabor salado que se impregnaba en sus dientes.

Se mece la hamaca con sabor a sal
en el suave susurro de los pinos.
Cada pescador que se jubila
en algún momento viene a ser algo atrapado.

Cuando somos viejos vivimos en una calle estrecha
desde la cual miramos hacia nuestro pasado
y nos retorremos
en nuestras olvidadas redes.

Tú eras un conversador, un derrochador de dinero.
Pero ahora no hay tiempo para peleas. Tu cuerpo tiene costras.
Se mece la hamaca con sabor a sal
creando una ilusión de las aguas del mar.

Pero el mar no llegará a tus orillas
y el cielo permanece traicioneramente despejado.
Mecerse porque uno lo desea es muy diferente,
eso requiere algo mucho más que ser sabio.

Y él quiere vientos huracanados y tormentas
¡al diablo con toda esta comodidad!
Pero si su juventud volviera de nuevo.
Sin embargo él ha renunciado a toda su sabiduría.

Pero es falso que tú no seas feliz.
Quien no ha conocido las tormentas no ha sido afortunado.
Y tú eres tan distinta
a cualquier otra hamaca que cuelga en una casa de campo.

Tú has conocido cada golpe de las tormentas
te arrastraron los huracanes más fuertes .
Deja que las hamacas de agua dulce envidien
esta hamaca con sabor a sal.

Hay un sabor especial cuando se mece esta hamaca
aún cuando traiga mala suerte.

Mécete, hamaca con sabor a sal
mécete,

mécete

mécete...

(1971)

Hermano mío,

ambos fuimos golpeados y obligados

a agachar el cuello.

Juntos fuimos arrasados con violencia por las tormentas de lluvia,

pero por alguna razón el agua se escurría rápidamente

de tu espalda de ganso

cuando eso tenía primero que pasarme a mí.

Hermano,

la gente nos comerá de todas maneras a los dos

al lado del fuego.

Hermano querido,

toda nuestra vida fue una lucha por ser el primero

y no apreciar nuestra hermandad, nuestras alas y nuestras almas.

¿Era nuestra dependencia algo imposible

eso de o tú o yo?

Querido hermano,

te pido al menos un cartucho de fusil

para así terminar con mi envidia

pero al recibir yo mi castigo, la gente te matará primero a ti,

cuando yo realmente tenía que morir antes que tú.”

(1974)